

La aventura intelectual

● Por Carlos Aldunate

PROFUNDAMENTE católico, el doctor Croxatto habla con la misma facilidad tanto del plasma sanguíneo y los péptidos como de Dios y del hombre. Uno trata de indagar en forma rápida, intentando abarcarlo todo, pero él lo impide. Bajo su batuta todo parece arrancar a la profundidad. Ya le sucedió cuando era estudiante de Medicina y le tocó presenciar por primera vez "el espectáculo dantesco de la sala de Anatomía".

— Usted sabe lo que significaba entonces un pabellón de ese tipo: tendidos sobre una mesa, en medio de un salón frío yacían cadáveres de hombres y mujeres. Inertes. Uno reflexiona. Pensar que hace una semana, un día, unas horas, todas esas personas estaban vivas, hablaban, pensaban, tenían pasiones... Y ahora, allí estaban... Aniquiladas. Uno piensa que algo se escapó de repente... Algo muy noble.

Premio Nacional de Ciencias 1979, hoy, a los 76 años — iniciados en Valparaíso, educados en Temuco y madurados en Santiago— entre idas y venidas del extranjero, Héctor Croxatto se ve un hombre reposado, lúcido y sencillo. Habla de sus logros como si fueran de otros. Y todos sus trabajos parecen muy simples relatados por él: Desde los primeros en vitamina D a los que siguieron en hormonas y sus efectos sobre el riñón y la presión arterial; luego los realizados sobre las causas de la hipertensión arterial, y finalmente, sobre los péptidos (moléculas más pequeñas que las proteínas) y su rol regulador de la presión arterial y en el riñón.

Mientras muestra el laboratorio con entusiasmo, en un mesón yace una rata blanca con el cuerpo perforado a la altura de sus riñones por agujas a ambos costados... Croxatto explica la importancia que tiene para la mujer conocer los mecanismos que hacen bajar la presión de su cuerpo durante el embarazo, lo cual muchas veces ha significado la muerte del hijo...

Hijo de padre italiano y madre penquista, es el segundo de cuatro hermanos, padre de tres hijos y abuelo de 17 nietos. Una de las cosas que lo enorgullece es pertenecer a la Academia Pontificia de Ciencias, donde todos los años un científico de renombre mundial expone un determinado tema. "He conocido gente muy ilustre", destaca con su sencillez habitual.

Y se apresta hablar del tema que lo absorbe:

—Una de las características de nuestro tiempo es el acelerado avance de la ciencia. Y en seguida, los recursos técnicos tan precisos con que se cuenta. Se pueden observar fenómenos que duran hasta millonésimas de segundo. No hay proporción entre esta velocidad y la evolución en el aspecto social de la humanidad.

— Ese es el problema. Cuál es la solución...

— Creo que las autoridades de Gobierno debieran captar la re-



percusión favorable de este campo sobre el desarrollo. Estoy convencido de que en nuestros países son muy pocos los convencidos de que las ciencias y la tecnología son importantes para el desarrollo. Se da poco dinero. Los mejores cerebros se tienen que ir de Chile. Y hoy nos debatimos en una pobreza tremenda. Sufrimos el problema económico en forma desastrosa. Además se paga un 71 por ciento más de IVA por internar instrumental y lo necesario para la investigación. Todo esto lo encuentro mortal. Las universidades debieran haber sido liberadas de estos derechos aduaneros.

El doctor Croxatto se agita y dota de mayor energía la voz. Es un convencido de que por un concepto economicista, según el cual la investigación no produce retornos, se ha detenido el desarrollo de los países menos industrializados. La frase: "hay que invertir en tecnología" resume su pensamiento.

— Un caso puntual: Nos frobamos las manos exportando rollos, haciendo crecer árboles para venderlos como troncos, cuando esa madera posee un rico potencial químico. En Sudáfrica se reemplaza la bencina con metanol sacado de la madera. Hay que dejar de vender materia prima y trabajarla, aprovecharla en industrias. Pero eso requiere de un Portales, de un Manuel Montt, un Joaquín Prieto...

LA BRECHA

— ¿Como se junta la brecha existente entre la gente común y la ciencia?

— La informática está facilitando el problema. La computación, las calculadoras, los procesadores de palabras... Se está haciendo llegar a las mentes más ingenuas algo que antes era imposible de recibir. La TV misma. Lo malo es que los académicos no tienen llegada a las esferas de Gobierno. En Estados Unidos, un comité especial mantiene informado al Presidente. Aquí en Chile sólo los economistas tienen la palabra.

— ¿Es una visión pesimista de la hora presente?

— No. No. Soy optimista. Lo que digo es que los recursos cerebrales de este país son poco aprovechados por la nación. Arriba debe haber un convencimiento. Todos los gobiernos en Chile han carecido de esta visión, quizás por los problemas del subdesarrollo que produce problemas habitacionales, miseria, porque hay un gran sector del país que no produce y no produce porque no somos capaces de crear nuevas actividades de trabajo!

— De todo esto se deduce que la ciencia es una especie de varita mágica del progreso...

— Claro que lo es. La ciencia ha dado poder, pero tenerla junto a la tecnología no significa felicidad. Esta llega cuando se satisfacen aspiraciones más altas. La ciencia es limitada, sí, pero sirve para dar confort a la humanidad. Frente al crecimiento de la población, si no hay un aumento similar de recursos habrá miseria. El hombre no puede hallar la felicidad por la simple adquisición de las cosas. Ahora, se hacen críticas a la no es cierto. Son los mercaderes los que se aprovechan de los trabajos del científico.

LA RECETA EN EL EVANGELIO

— ¿Y dónde está la felicidad?

— La felicidad uno la encuentra adentro, cada uno de acuerdo con los valores que propicia. Creo que la gran receta está en el Evangelio. Ahora una de las cosas que dan felicidad al hombre y conformidad interior es tener la sensación de haber cumplido con un compromiso. Para un profesor, el ser un buen trasmisor del pensamiento. Creo que es lo que más felicidad puede proporcionar. La persona debe tener la disposición anímica, la intención de realizar el deber. Eso forma parte de la felicidad. La gente tiene un sentido lúdico de la vida, quiere sacarle placer... creo que se equivocan.

— Dice que la gran receta está en el Evangelio. ¿Cómo se concilia Dios con la ciencia?

— Son perfectamente conciliables. Aquellos que pregonan que la ciencia permite conocerlo todo, no veo cómo pueden contradecir la existencia de Dios. La misma complejidad del Universo, de los seres vivos, me hace reforzar la convicción de que hay un ser omnipotente y superior. Si hablamos de milagros... ¡el que yo esté vivo es un milagro! ¡Su propio cuerpo es un milagro! Si usted supiera la complejidad de que estamos hechos.

— ¿La ciencia es una verdad?

— Yo no sé lo que es la verdad científica, pero creo en su progreso. Se avanza reemplazando unos símbolos por otros, pero es una carrera sin fin. De ahí que el conocimiento es infinito. Ahora, yo no tengo la mortificación intelectual de no poder llegar a una verdad, porque el camino hacia allá es una aventura del espíritu, la aventura intelectual.